



¿Qué decirte, Miguel Ángel, ahora que estamos tan distantes, a ambos lados, separados por la muerte?

LUIS RESINES LLORENTE

Valladolid

Antes estábamos lejanos por la distancia de los kilómetros, pero vinculados por el interés común de renovar y mejorar las catequesis. Los dos nos enro-
lamos en este afán, y compartimos muchos intereses comunes; a ambos nos
espoleaba el bendito Vaticano II, con su soplo vigoroso de luz, de aire fresco,
de renovación para la Iglesia.

Tú y yo, con un buen puñado de amigos, empeñamos los talentos recibidos
en esa tarea. No soy quién para saber si los tuyos han rendido todo lo que
deberían. Pero sí sé que no te has quedado con las manos cruzadas, ni los has
enterrado en una cueva, por miedo a perderlos. ¡Vaya si los has hecho rendir!
¿Cuántas fotocopias han brotado de tu interés por la catequesis?, ¿cuántos
esquemas?, ¿cuántas síntesis?, ¿cuántos textos seleccionados cuidadosamente,
escogidos por ti, han llegado a las manos y el corazón de otros catequistas? No,
no; en manera alguna te has quedado paralizado, inactivo, perezoso.

Tu actuar dinámico tenía, además, dos rasgos que lo acompañaban: la alegría
y el contagio. La primera se traslucía en tu sonrisa, más con los ojos que con los
labios, que siempre animaba a profundizar, a aprender, y a hacer. El contagio
venía por añadidura, por defecto, con naturalidad.

Lo que menos importa -y ahora mismo menos todavía- es que no compar-
tiéramos todos los criterios. Yo más duro, tú más benévolo; yo más crítico y

tú justificando y disculpando todo. Repartías la buena voluntad a puñados. En medio de nuestras diferencias (que las teníamos, ¿recuerdas?) no sólo nos respetábamos -eso queda para los adversarios-, sino que nos queríamos. Y eso vale mucho.

Por lo mismo, te siento ahora más cercano en la distancia. Porque tú con tu ejemplo y dedicación, junto a ese Jesús con el que ya te has encontrado al fin, me animáis, nos animáis, a los que estamos a este lado para continuar anunciando su bendito Nombre.

Un abrazo.